

LA APUESTA

Todo en él estaba cronometrado, todo lo que hacía o dejaba de hacer tenía que ver con el reloj. Se despertaba a las 6.45 horas. El tiempo de baño: orinar, rasurarse, bañarse le tomaba exactamente 23 minutos. A las siete con treinta tomaba sus primeras medicinas, una para la presión, su aspirina para que no se le coagulara la sangre, el laxante. Desayuno y lectura del periódicos de las 7.45 a 9 horas. A esa hora dejaba de leer aunque le faltara lo que le faltara. Así dejaba de enterarse muchas veces de los crímenes del día, del precio del Euro, de la mujer que secuestraron en su propia colonia, de la otra que mató a su yerno por atreverse a decirle que estaba botijona, de que el presidente de Estados Unidos mandó bombardear a otras familias en Irak, de que el arzobispo apostó muchos miles de pesos en las carreras de caballos, de que a Jackson ya le aclararon la piel allá donde tú sabes, que era lo único que no le habían blanqueado; de que habían descubierto un fraude de un político conocido o de cualquier otra noticia, por supuesto menos las noticias de la sección deportiva que es la que le interesaba más que nada y es la primera que leía de principio a fin, no las notas del football o el baseball, no, esas no, le interesaban las de los deportes marcados por el tiempo: carreras a pie, en auto, en lancha, nadando o en lo que sea. Cuando alguien, no importando el país de origen, lograba romper un record él lo festejaba como si fuera propio. Naguén Nanda hizo trece segundos menos que el campeón mundial, era una noticia que le daba mayor placer que un orgasmo propio. Sería porque a él el orgasmo le llegaba cada vez en menor tiempo, cada vez rompía su propio record. La última vez, de esto hará unos quince días, sólo logro contenerse dos minutos y medio. Al principio esto le preocupó mucho, muchísimo, pero después lo

aceptó como algo natural de la edad y ahora disfruta rompiendo su propio record. Ni que decir que su mujer queda cada vez más molesta mientras él disfruta más y más. Los tiempos de él siempre son diferentes a los de ella. Ella dice: en un cuarto de hora estoy lista para irnos. Él cronometra mentalmente y a los quince minutos está en la puerta esperando que baje su esposa. Y ahí se queda esperando muchas veces otros quince o más minutos. La mujer llega sonriendo y le dice: ya ves, ahora sí me apuré ¿nos vamos? Cuando él tiene que hablar urgentemente por teléfono la mujer le dice en un minuto termino, ya voy a colgar. Y ese minuto se prolonga y se prolonga. El dice tengo 47 años, cinco meses, catorce días y veintitrés horas de edad. Ella dice tengo 30 años, ni uno más. En lo único que ella ha cumplido con el tiempo es en sus tres embarazos. En los tres fueron nueve meses exactos. Pero fue en lo único. El médico le ordenó dar el pecho cada tres horas. Ella se quedaba dormida mientras él veía con terror como los segundos y minutos pasaban en el reloj sin atreverse a despertarla por miedo a su reacción. Se volvía una fiera. Jamás entendió que lo llevó a casarse con una mujer que se caracteriza por la impuntualidad siendo que él era la persona más puntual del mundo. Si lo citan a las 9.45 él llega a las 9.45, ni un minuto antes ni uno después. Llegar antes también es un signo de impuntualidad decía. Su mujer le comentaba que el ser puntual es un acto de mala educación, que si llegan a una cena a la hora exacta se puede encontrar a la anfitriona sin arreglarse, que eso nunca se hace. Y así llegaban tarde a las comidas, a las bodas, a los conciertos, a la misa, a las conferencias. Ni que decir que a él todos estos eventos lo enfermaban, no porque no le gustaran, a él le encantaba la música y la vida social. Le enfermaban pues ya llegaba de muy mal humor por el retardo de la mujer. Ella, despampanante, despreocupada, levantaba de sus asientos a los que ya disfrutaban la música, interrumpía pláticas en las reuniones, hacía un ruido

enorme al sentarse en las conferencias. Los pleitos en la pareja siempre estaban ligados al reloj. Los insultos no eran los habituales. En cualquier matrimonio que se respete lo menos que hace un marido a su mujer en un momento de furia es llamarla puta y lo menos que ella le dice a él es eres un impotente, hijito de tu madre. Aquí no, el máximo insulto de él es decirle impuntual, eres una impuntual sin remedio. Y ella contesta: tú eres un dependiente del reloj, esclavo del reloj, cástate con él. Y sí, era un esclavo sin querer aceptarlo. Tenía que comer a las dos de la tarde en punto, dormir quince minutos de siesta, salir a caminar durante veinte minutos, darle de comer a su perro a las siete de la noche. Ni que decir su horario de trabajo. Jamás llegó un minuto tarde, así hubiera manifestaciones en la colonia, descompostura de su auto, enfermedades o lo que fuera. El checaba a la hora exacta tanto para entrar como para salir. Sí, adivinaron ustedes, su colección era de relojes, relojes de pulso, de pared, de lo que fuera. Todos caminando, todos a la misma hora. Si alguno se atrevía a adelantar o a atrasarse él lo tomaba y le dedicaba el tiempo necesario para que marchara igual que los otros. Tenía relojes en la sala, en la recámara, en la cocina, en el baño, en el estudio, en el garage. Relojes cucú, relojes de péndulo, relojes de cuerda, relojes de batería, relojes de toda forma y tamaño. Relojes en cajas de madera, de metal, de piedra, de plástico, de cristal. Relojes en forma de estrella, de soles, de barcos, de paisajes. Tenía uno con la torre Eiffel, otro con el Vaticano, uno más con las pirámides de Egipto y el que más le gustaba de este grupo uno con la Basílica de Guadalupe. Relojes suizos, chinos, coreanos, norteamericanos y alguno mexicano que era el que más se atrasaba y adelantaba. ¿Su canción preferida? Por supuesto “El reloj” “Reloj que marcas las horas...” Su pasión: apostar cualquier cantidad a algo que tenga que ver con el tiempo. Generalmente salía ganador de las apuestas y ya nadie quería

competir con él. Apostó al día y a la hora en que debería morir Juan Pablo II, le falló por quince minutos, el siguiente en esa apuesta tenía una diferencia de seis horas. Apostó en todas las competencias deportivas, hasta en las que no le interesaban tanto como el fut. No apostaba sobre quién iba a ganar el partido ni cuantos goles iban a meter cada uno, el apostaba a la hora en que los meterían. El primer gol lo meten diez y ocho minutos después de empezado el juego, el segundo a las 3 minutos del segundo tiempo. Apostaba a la hora en que se iba a poner el sol, a la hora en que iba a terminar una conferencia, al tiempo que duraría una película. Le apostaba a su compañero de oficina que su esposa le hablaría en 28 minutos para encargarle que le comprara el aceite para las nalgas rosadas de su hijo. Gastaba y ganaba en las carreras de caballos en el hipódromo. Y con reloj en mano medía cada hora su pulso, su respiración. A las doce tomaba sus otras pastillas que repetía a las seis de la tarde y a las doce de la noche. A esa hora tenía que dormirse y se dormía, claro que se dormía. Eran órdenes horarias y no era nadie él para desobedecerlas. Hoy tuvo una nueva dicha, su médico le dijo que le encontró un cáncer avanzado y que le daba dos meses de vida... ¿Exactamente cuánto tiempo?... Dos meses más o menos, puede ser un poco más... No, yo quiero exactitud... Bueno, es posible que sean sesenta días... ¿Sesenta días con cuántas horas, cuántos minutos, cuántos segundos?... Bueno, si quiere exactitud le diré que vivirá cincuenta y nueve días, diez y seis horas y treinta y cuatro segundos... ¿Apostamos a que le falla el día y la hora?... Hoy vive feliz viendo su reloj, esperando que el médico se equivoque por segundos, o por minutos, o por horas-esto último ya sería el colmo- para ir a cobrarle y a reclamarle. ¡Es usted un mentiroso, un charlatán! Ya cumplí el tiempo y aún no me muero. ¡Caígame con la lana! Lo que le preocupaba es morirse antes de la fecha fijada, entonces cómo poder reclamar, cómo poder decir que él es el único que

es puntual en el mundo, cómo cobrar la apuesta. Pero esto ya lo pensaría después, ahora son las doce y es hora de dormir. ¡Hasta mañana!

Tomás Urtusástegui

Julio 2005